

Prólogo

Me estoy poniendo cada vez más nerviosa. ¡No consigo despistarles! En realidad, ya sé que me persiguen creyendo que les voy a conducir a ella; pero ignoran que su esfuerzo es en vano, ya que ella está escondida en un lugar seguro, y aunque mil años me persiguieran no iban a conseguir nada de mí.

Me dan miedo esos hombres, mucho miedo. Sé que vigilan cada paso que doy. He intentado perderme por las calles para despistarles, pero no lo logro porque apenas conozco esta ciudad, ni este país. Soy una extraña que no sabe a dónde va, y me encuentro acorralada, perseguida por ese grupo de hombres que son capaces de dispararme y dejarme en el suelo casi muerta, aunque saben de sobra que no les conviene.

Porque yo lo vi todo y tengo pruebas. A mi pobre hermana le costaron caras sus ansias de independencia. Pobrecita niña, la que tuvo que pasar conviviendo con el miedo por temor a las represalias. Y tras las amenazas, por hablar demasiado, se quedó sin lengua.

Aunque ella desgraciadamente ya había intuido que no solo se iban a conformar con advertirle; fue por eso que me hizo estar escondida con la cámara, por si le «pasaba algo».

Lo que vi fue tan horrible... pero ahora, gracias a mí, Katy está a salvo... por lo menos de momento.

Calle B-O-T-E-R-S, número trece. Aquí es. Rápido, rápido. ¡Se me acercan cada vez más! ¿Qué puedo hacer?

«¡Vaya pibón!», pensé, «con ese cuerpo, me da igual lo demás. Quién la pillara, buen polvo le echaba».

Y de repente ese pedazo de mujer, sin más, va y se me tira encima y me planta un pico en los morros. ¡Qué fuerte!

Me dijo que le siguiera el rollo y entrara en el portal con ella, que ya me explicaría dentro. Yo la seguí, al principio pensaba que era un programa de esos de cámara oculta; pero joder, aunque me estuvieran grabando, la tía estaba buenísima y no podía dejar escapar esa oportunidad de pillar cacho así como así.

Entramos en el portal. Definitivamente, allí no había ninguna cámara (más que nada, es que ni hubiera cabido, con lo estrecha que era la escalera); la tía debía de ser una de esas guarrras que andan por el barrio desesperadas buscando un buen polvo y ahí me tenía a mí, dispuesto a darle caña. Sin dejar de mirar hacia abajo, abrió la puerta y nos metimos en el piso.

El sitio era de lo más cutre, pero mira, en peores plazas hemos toreado. Aquí por lo menos había un colchón. Bueno, qué más da, al fin y al cabo un polvo es un polvo... pero había que hacerlo bien. Le pregunté si llevaba condones y la tía me soltó un guantazo... creí que le iría el rollo sadomaso o algo así hasta que empezó a hablar:

—Perdona, ¿te he hecho daño? —dijo, con un acento que fijo no era de aquí—. De todas formas, lo merecías. No soy de esas que se acuestan con el primero que pasa. Me llamo Jennifer y estoy metida en un lío. Esos hombres me están buscando, y no es una broma. Necesito tu ayuda. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Marc —contesté; si no le seguía el rollo podía quedarme sin comer—. ¿En qué puedo ayudarte, nena?

—Mi hermana Katy llegará en un avión dentro de dos horas. En realidad la buscan a ella, pero si voy yo a recogerla me seguirán y podrán llegar hasta ella. Estoy sola en esta ciudad y esos hombres son peligrosos, por eso necesito tu ayuda.

—¿Quieres que vaya yo a buscarla? —mi día de suerte: ¡dos chatis por el precio de una!

—No sé. Te han visto conmigo, y eso podría ser peligroso para ti. Tendrás que coger un taxi, pero por favor, ¿podrías esperar aquí conmigo hasta que ella llegue por si sucede algo?

«¿Por si sucede algo?». En aquel momento no sabía qué coño podía pasar ni de qué estaba hablando esa pava. No captaba nada de nada. Yo solo me imaginaba cómo podíamos pasar el rato mientras esperábamos a la tal Katy, pero Jennifer seguía haciéndose la estrecha y cada vez me estaba poniendo más cachondo.

De pronto me acordé de que había quedado con David, que me estaba esperando en su casa, y se me ocurrió que si la tal Katy estaba buena podría ir él a buscarla y de paso, con lo salido que está, le hacía un favor. Como a Jennifer le pareció bien, pillé el móvil y le llamé.

David llevaba un buen rato esperándome, pero en cuanto le expliqué la movida no tardó ni un minuto en venir a casa de la Jenny, el muy buitre.

—Hola, tío, ¿qué pasa? ¡Jooder, vaya tía! —dijo cuando la vio, que se quedó alucinado—, comprendo que me hayas dejado tirado por ese monumento, pero la próxima vez mejor me avisas antes, tronco. ¿Y dices que hay otra para mí?

Cuando Jenny le preguntó si había visto a alguien raro en la calle, se dio cuenta de que no era de por aquí: ¡en este barrio, lo raro es no ser raro!

Jenny abrió el bolso y sacó una foto. Se la dio a David con una nota que ella había escrito y le pidió que se lo diera a su hermana. Yo, que hasta entonces había pensado que la tía estaba loca

y que la tal Katy no existía, me quedé flipando... y David más cuando vio la foto, así que cogió la puerta y se fue corriendo a por ella.

* * *

Fuera, los supuestos perseguidores seguían vigilando.

Yo no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad. Si una tía te invita a su casa es porque algo busca, ¿no? Como mínimo un rollete. Pero como ella no quería romper el hielo, significaba que estaba esperando que la atacara yo primero, así que la empujé contra la pared y la besé.

Ella me apartó; tenía demasiada fuerza, la muy guarra, que casi me tira al suelo. Yo cada vez captaba menos.

—Mira, tía, si mal no recuerdo, has sido tú la que me has besado sin conocerme, y ahora, ¿pasas de mí? Entonces, ¿para qué lo has hecho? Lo siento, tía, pero tu rollo no me mola, así que mejor me explicas de qué va esto desde el principio.

—No quería que esos cerdos supieran que estoy sola; además, resulta que ésa era la única manera de que me siguieras sin preguntar, y como era algo urgente, no me podía detener en explicaciones. Te ruego que me perdones por haberlo hecho así y crearte falsas expectativas, pero no se me ocurrió otra alternativa.

O sea, que no era un truco. Entonces era verdad que la perseguían. Ella no fingía, vale, pero, ¿por qué la estaban siguiendo? A ver si encima de no mojar iba a poner mi vida en peligro con todo este rollo. La pava empezó a contarme su vida:

—Katy y yo vivíamos en una pequeña ciudad en Brasil. Nuestra madre murió cuando apenas éramos unas niñas y desde entonces la vida no fue fácil para nosotras, ya que quedamos al cuidado de nuestro padre, que no era un mal hombre pero

siempre quería tenernos a su servicio, tal como marcaba la costumbre y la tradición.

»En nuestra pequeña ciudad, eso era hasta cierto punto normal: a las niñas se nos educaba para servir a nuestros progenitores desde siempre, a encargarnos de todas las cosas que ellos nos mandasen hacer. Pero una vez que mi madre murió, él empezó a exigirnos más de lo que un padre normal podía exigir. No dejaba que saliéramos de casa, y solo nos permitía relacionarnos con los hijos de sus propios amigos. Controlaba cada paso que dábamos, y sobre todo castigaba con demasiada frecuencia a Katy, que tenía muy poca paciencia y no soportaba la falta de libertad. En cambio, yo resistía junto a él, gracias a lo cual finalmente conseguí permiso para iniciar mi carrera universitaria.

»Sin embargo Katy cada vez estaba más harta del machismo de mi padre y de su excesivo control sobre nuestras vidas. Siempre se peleaba con él por este motivo, aunque gracias a Dios él nunca le puso la mano encima. Hasta que un día, después de una discusión más violenta de lo habitual, ella se fue de casa sin dar más explicaciones, harta de no tener intimidad ni libertad. Pasó un tiempo en la calle, comiendo de lo que podía y durmiendo en los soportales; y mi padre nunca preguntó por ella ni se preocupó de saber cómo o dónde estaba, más bien repetía una y otra vez que el día que volviera iba a ser fuertemente castigada.

»No sé cuánto tiempo estuvo Katy vagabundeando hasta que Conrad, un amigo de mi padre, la encontró. Ella al principio se alegró de ver una cara conocida en el mundo anónimo de la calle, pero pronto cambió su humor cuando Conrad le dijera que mi padre estaba muy enfadado con ella, amenazándola con delatarla ante él. Ella no quería volver a casa bajo ninguna circunstancia; tras mucho suplicarle, Conrad le prometió no delatarla y además le propuso que le acompañase a su casa, donde iba a proporcionarle un trabajo con el que subsistir. Y mi pobre